

# EL CASCABEL

PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO—CUATRO NÚMEROS AL MES DE 8 PÁGINAS

SE SUSCRIBE Á LA EDICION DE LUJO REMITIENDO 30 RS. POR UN AÑO, 18 POR SEIS MESES, 10 POR TRES, UNO POR  
CADA NÚMERO SUELTO Y 16 POR CADA VEINTICINCO  
Á SU DIRECTOR-PROPIETARIO MANUEL JORRETO Y PANIAGUA.—MADRID, CALLE MAYOR, 123.

## IMPRESIONES



¡AY, QUÉ FRÍO!..

MADRID, 1877. AÑO XVI. NÚMS. 1.020 Y 1.021.

## SUMARIO.

Impresiones, por M. Jorroto.—La maldita vanidad (continuación), por Carlos Frontaura.—La cueva de las calaveras, por Ricardo Zamacois.—Pico de Oro, por Antonio de Trueba.—Carta sencilla, 25 céntimos: *soliloquios*, por M. Jorroto.—Colección de tipos populares: *El licenciado Vidriera*, por Manuel Ossorio y Bernard.—Itinerario.—Breve vocabulario. Obras y objetos recibidos en la redacción.—Advertencia.—Teatros.—Anuncios.

## LA MALDITA VANIDAD.

(CONTINUACION.)

En D. Melchor pusieron los ojos muchos padres, y también hay que decir que, aunque no tenía las mejores cualidades de figura y talento para cautivar corazones, no le miraron con malos ojos las jóvenes más bellas y distinguidas.

El dinero es el demonio del siglo, y su influencia se apodera hasta de los corazones más tiernos, más inclinados á los dulces afectos, á los generosos sentimientos.

El lujo ha hecho que hasta las niñas, en la edad del candor, de los sueños de azul y rosa, estimen en mucho el dinero.

El lujo ha dado todo el desarrollo posible á la vanidad, y vémosla ya manifestarse claramente hasta en las niñas de tres ó cuatro años.

Las pobres inocentes criaturas no ven otra cosa, y el ejemplo es poderoso en la imaginación de los niños.

Pero volvamos á D. Melchor.

Había en Madrid un marqués de alta nobleza, de nobilísimo linaje; pero esto no le había estorbado para ser lo que se llama un perdido, entregado por completo al lujo y la disipación; y así había gastado sus rentas y su capital, quedando entrampado hasta los ojos, y pobre, por consiguiente, en la vejez.

Este marqués tenía una hija hermosísima, pero más vana que hermosa: al padre se le ocurrió que ningún marido mejor para su hija que el rico de la época, D. Melchor: la hija, cuando supo el pensamiento del autor de sus días, se espantó como quien vé un

abismo abierto á sus piés; pero se asomó al borde del abismo, miró despacio, vió que el fondo de aquel abismo brillaba con ese brillo atractivo, encantador, del oro... y se casó con D. Melchor.

Ella era hermosa, él feo; ella espiritual, sensible; él materialista, duro; ella esbelta, delgada, ligera; él grueso, desgarrado, torpe; ella delicada, instruida, elegante; él grosero, ignorante, descuidado; ella noble, aristocrática; él plebeyo, vulgar; pero ella era pobre y él rico, y con esto no hay que dar más razones de por qué se hizo aquel matrimonio.

Eso sí, la esposa de D. Melchor hizo lucir á éste mucho más; dispuso para aquel mocho una jaula tan bella, le arregló, le acondicionó, le cepilló, le pulió de tal modo, que le hizo parecer un caballero.

A los seis meses no había en Madrid un caso como la de D. Melchor; nadie tenía mejores coches, ni caballos más caros; en ninguna parte se comía mejor que en casa de D. Melchor, y D. Melchor y su mujer fueron los modelos de la elegancia, el buen gusto y la distinción.

De este matrimonio nació Magdalena, tan hermosa como su madre, y es todo lo que se puede decir para asegurar que era muy hermosa; vino esta niña á ser un encanto más en la casa encantada del opulento D. Melchor; amáronla sus padres con idolatría, y la educaron de tal modo, que ella sí que podía decir que había vivido en el paraíso: ni un disgusto, ni una contrariedad, ni una pena tuvo hasta que su madre, víctima de una enfermedad aguda, murió cuando ella tenía diez y ocho años.

La muerte de la noble y hermosa dama fué ocasión de profundo luto en la alta sociedad; D. Melchor quedó sumido en la más triste melancolía, y Magdalena sintió dolor tan agudo, que llegó á temerse por su salud, y el amante padre tuvo que dar tregua á su propia pena para viajar con su hija y distraerla y fortalecerla.

La madre de Magdalena había muerto como herida de un rayo, en el apogeo de su hermosura, cuando todo la sonreía, cuando

todo era para ella ventura, cuando era más completa su felicidad maternal... En dos días, únicos de su enfermedad, aquellos ojos brillantes, incomparables, se hundieron y se apagaron; aquellos lábios de rosa se pusieron cárdenos, rígidos; aquellas manos primorosísimas enflaquecieron; aquel rostro angelical perdió su color, se puso lívido, flaco, feo.

¡Ah! ¡Así advierte Dios á los que contemplan estas muertes terribles, inexperadas, cuán frágil y deleznable es todo en este mundo, cuán miserable es la criatura, y qué pasajeras son las glorias y felicidades mundanas!

Antes de cumplir el año de aquel terrible acontecimiento, volvieron á la córte el padre y la hija, conservando el recuerdo de la que habia sido el ángel de la casa, pero más consolados.

D. Melchor se dedicó nuevamente á sus operaciones bursátiles, y Magdalena procuró llenar dignamente la mision de ama de su casa, reemplazando á la pobre señora muerta en la flor de su edad.

La casa del banquero continuó siendo el palacio encantado de la alta sociedad; todavía aumentó en aquella el lujo bajo el reinado de Magdalena, mereciendo ésta la misma reputacion de buen gusto y aristocrática distincion que habia gozado su desventurada madre.

## II.

### *El amor de Magdalena.*

Magdalena, á los diez y seis años, dos ántes de la muerte de su madre, habia dejado ya de ser niña; su notable desarrollo físico é intelectual era extraordinario, y cuantas personas tenían la dicha de tratarla se asombraban cuando sabian su edad. Era discreta, prudente, tenia una instruccion casi impropia de una niña, discurría con singular buen juicio, y en todo manifestaba ser una criatura verdaderamente privilegiada por la naturaleza.

Magdalena amaba y era amada, amada con verdadera adoracion, y no habia hombre más digno de ser amado que el elegido de su corazon.

Era éste un jóven de veintitres años, de

dulce fisonomía, de enérgico carácter, inteligente, noble, generoso, y, en una palabra, modelo de todas las virtudes y todas las perfecciones, que ocupaba en la casa de D. Melchor el cargo de tenedor de libros.

Hijo de un gran amigo de D. Melchor, quedó huérfano á los diez y ocho años, y pobre, tan pobre, que poco despues de la muerte de su padre vió á los acreedores de éste, apoyados por la ley, llevarse todo cuanto habia en la casa, y aún aparecia él responsable de muchas deudas de su padre, que en su día le serian reclamadas.

D. Melchor fué á buscarle en aquella tribulacion; se le llevó á su casa, le instaló en ella, y le encargó de llevarle sus libros.

Fernando, que así se llamaba, aceptó aquel beneficio; se consagró enteramente á servir bien á su generoso protector, y concentró todos sus afectos en la noble familia que tan delicadamente le habia librado de la miseria.

La madre de Magdalena apreciaba mucho á aquel jóven tan trabajador, tan pundoroso, tan agradecido, y Magdalena le queria como se quiere á un hermano mayor; pero Magdalena eroció, y aquel amor fraternal dulce y tranquilo se trocó en amor apasionado, en el amor de la mujer al hombre.

Un día, Fernando, sin darse cuenta de ello, sin querer acaso, habló de su amor á Magdalena, y ésta le confesó que aquel amor tambien habia germinado en su corazon.

Fernando estuvo, sin embargo, triste todo aquel día, aquel día tan feliz para él.

Despues de aquella mútua confesion, no podia vivir en la casa de D. Melchor.

Su probidad le impedia ocultar aquel amor á los padres de Magdalena, y no esperaba que éstos quisieran entregar su hija á un hombre que nada poseia.

Si callaba y continuaba alimentando la llama que ardia en el corazon de la niña, podia un día el padre sospechar que habia querido aprovecharse de la confianza que en él se tenia para asegurar el logro de la mano de una mujer rica, y esta idea repugnaba á su caballerosidad, á su mismo amor puro, noble, desinteresado.

El día siguiente ya había tomado su resolución.

Levantóse temprano, y salió de casa.

D. Melchor tenía costumbre de pasear á pié y sólo por la Fuente Castellana todas las mañanas.

Se dirigió á donde sabía que hallaría á don Melchor.

—¿Qué es eso, muchacho? le dijo éste, al verle venir; ¿ocurre algo en casa?

—No, señor; es que tengo que hablar con usted.

—¿Qué te pasa?... Parece que estás ojeroso; ¿estás malo? ¿tienes algún disgusto?

—No, señor; quiero decir á Vd. que va á ser imposible que yo continúe á su lado.

—¿Qué me cuentas?... ¿Te ha dado algún empleo el gobierno?

—No, señor.

—Pues ¿qué es ello?

—Es que amo á Magdalena.

—¡Hombre!...

—Y Magdalena me ama también.

—Magdalena es una niña.

—Pues bien, señor D. Melchor, como no me conceptúo digno de la mano de Magdalena, ni Vds. me la concederian, aunque yo me juzgase digno de ella, considero preciso y conveniente alejarme de casa de Vd.

—Fernando, eres buen muchacho, digno hijo de aquel querido inolvidable amigo mío... Pero, ¿á dónde irás?...

—A trabajar.

—Hablaré con mi mujer; ya sabes que en todo sigo su dictámen; ella tiene mucho talento, y yo soy un zote. Vuelve á casa y nada digas. ¡Jesus! ¡qué muchachos! ¿quién había de pensar?...

El mismo día tuvo D. Melchor una conferencia con su mujer, á la que refirió su conversacion con Fernando, y habló con gran elogio de éste. A D. Melchor no le parecía ningun desatino casar á su hija con el tenedor de libros.

Pero la madre de Magdalena no se manifestó muy propicia. Había soñado para su hija un enlace brillante con un hombre que tuviera muchísimo dinero ó una gran no-

bleza. Además le parecía muy niña Magdalena para pensar en casarla.

D. Melchor, interesado en favor de su protegido, no quiso quitarle las esperanzas.

—Mira, hijo, le dijo, porque yo te quiero como un padre, mi mujer cree que Magdalena no puede ni debe casarse aún, y además quiere mi mujer que se case con quien tenga tanta fortuna como ella; yo, por nada del mundo he de contrariar la voluntad de mi mujer; pero, por otra parte, con franqueza te digo que sería para mí una alegría tu matrimonio con mi hija...

—¡Ah! señor...

—¿Tú dices que la quieres?

—¡Oh! sí, señor.

—¿Y estarás dispuesto á hacer por ella todos los sacrificios?...

—Hasta el de mi vida.

—Pues el sacrificio que has de llevar á cabo es el de hacerte rico.

—No tengo gran vocacion, Sr. D. Melchor; la riqueza no me seduce. Con poco sería yo feliz.

—Pero nuestra hija no lo sería: la hemos educado de un modo que necesita ser rica ahora y siempre para ser feliz.

—Es verdad.

—Su madre, hijo, su madre... En fin, es preciso que tú te cases con Magdalena, y por consiguiente, que te hagas una fortuna, y yo te voy á proporcionar los medios.

—Diga Vd., haré lo que Vd. quiera.

—Una de las casas más poderosas de banca de los Estados-Unidos necesita un español distinguido, inteligente, honrado, instruido; en fin, te necesita á tí, que reunes todas esas buenas cualidades.

—Es Vd. muy bueno conmigo.

—Se trata de establecer relaciones muy importantes con las repúblicas hispano-americanas, y tendrás de entrada doscientos duros al mes y participacion en los negocios que se hagan por medio de tu gestion y actividad. Yo tengo encargo de enviar allá ese afortunado mortal, y nada te había querido decir por egoismo, por no separarme de tí; pero ahora ya es diferente; ahora tú no quieres

seguir en nuestra casa, y me apresuro á ofrecerte esa buena proporcion de hacerte rico y volver á Madrid con el único *mérito* que te falta, en concepto de mi mujer, para ser digno esposo de nuestra hija querida. Estás cuatro ó cinco años por allá, y basta.

—¿Y en esos cuatro ó cinco años?

—En esos cuatro ó cinco años, yo quedo aquí encargado de mantener vivo en el pecho de Magdalena el amor que siente por tí, y te doy mi palabra de que cuando vuelvas la hallarás soltera. ¿Aceptas?

—Sí, señor, acepto.

—Pues entónces, dentro de cuatro dias emprendes el camino.

—Cuando Vd. lo ordene.

—Puedes hablar á Magdalena y decirle nuestra resolucíon. Ella la aprobará. Yo soy el que más pierde con tu ausencia, porque ¿dónde voy á encontrar un hombre de tu inteligencia? Pero eso no importa, si así contribuyo á tu felicidad y á la de mi hija, porque estoy seguro de que mi hija seria feliz contigo.

Fernando persuadió pronto á Magdalena de la conveniencia de aquella separacion, y recibió de ella las más fervientes protestas de amor y fidelidad; estas dulces promesas levantaron su espíritu, le hicieron soñar un dichosísimo porvenir al lado de la mujer amada, y le dieron ánimo y esperanza.

El noble jóven partió con firme voluntad de volver á ofrecer á Magdalena un tesoro de amor y otro de dinero.

En la ausencia de su amado se vió por muchos solicitada la heredera del opulento capitalista; pero firme y fiel á su promesa, pensando siempre en su adorado Fernando, á ninguno dió oídos, por ninguno mostró preferencia, con gran contento de su padre, que seguía creyendo que con ninguno podía ser tan feliz como con el tenedor de libros.

Y ocurrió la muerte de la hermosa madre de Magdalena, y más tarde la de D. Melchor.

Magdalena quedó anonadada con este tremendo golpe.

¡Quedaba sola en el mundo!

Y no era esta la única desgracia que sobre la pesaba.

Quedaba sola y pobre.

Y convendrá explicar brevemente al lector discreto cómo habia podido quedar pobre Magdalena.

D. Melchor habia sido muy afortunado en todos sus negocios; los millones se habian multiplicado en sus manos como en las de un prestidigitador los caramelos ó las cartas de la baraja; habia sido siempre valiente y arrojado en toda empresa, y cien veces habia comprometido su fortuna en negocios problemáticos, y siempre su buena estrella se la habia triplicado; pero llegó un dia en que la fortuna le volvió la espalda, y aquel dia fué el de su ruina y su muerte repentina.

Un suceso, al parecer insignificante, la caída de un ministro, que era un pelele, y la subida de otro pelele en lugar del caído, habia dado al traste con la fortuna de D. Melchor, como si esta fortuna fuera un castillo de naipes que se deshace al soplo de un niño.

Y eso era, en efecto, la fortuna de D. Melchor, como basada en el azar, en la intriga, en el juego, que tan juego es la Bolsa como el monte.

Es claro que D. Melchor se hubiera repuesto de aquel descalabro; mas para repónerse era preciso que hubiese vivido.

Volvió á su casa aquel dia, funesto para él y para su hija, presa de la más profunda emoción, loco, aturdido, desesperado, y al llegar al umbral pensó en su hija, en su hija, que le esperaba llena de felicidad y alegría; no quiso apenarla, y trató de disimular. El estado de su espíritu, la violencia que se hizo en presencia de su hija amada, la ira, el despecho, todo contribuyó á apresurar su fin.

Con predisposicion á esa implacable enfermedad que se llama apoplejía, de la que habia sufrido algun ataque, aquella tarde volvió á apoderarse de él, y ya hemos visto cómo hizo presa en su postrada naturaleza, sin dejarle un momento siquiera para despedirse de su hija, y para dar un eterno adios á las miserias del lujo y la opulencia, volviendo los ojos á Dios.

Los amigos del banquero cumplieron su deber al lado de Magdalena, acompañándola,

sirviéndola, consolándola en tan grande infortunio; pero no pudieron evitar que la triste llegara á saber á los pocos dias el estado en que la muerte de su padre la dejaba.

La fortuna de D. Melchor estaba en manos de todo el mundo; todo el mundo tenia derecho á su fortuna ménos su hija.

Toda aquella opulencia no era suya.

Un mes despues de la muerte de D. Melchor, Magdalena no tenia ya cuadros magníficos, ni suntuosos muebles, ni su posesion en Biarritz, ni su palacio del barrio de Salamanca, ni coches, ni caballos; no tenia más que algunas alhajas de su madre, y unos diez mil duros que le habia producido la venta de las suyas.

Tener esto no es realmente ser pobre; pero Magdalena no sólo se juzgaba pobre, se consideraba en la miseria.

Tenia para vivir, pero no podia vivir con lo que tenia.

La marquesa del Rosal, prima hermana de la madre de Magdalena, llevó á su casa á la huérfana, y la asistió cariñosamente en la enfermedad que tuvo á consecuencia de las desgracias que la fatalidad habia descargado sobre ella.

Y acaso habria muerto de dolor, si no hubiera habido en su corazon una esperanza: Fernando.

CÁRLOS FRONTEIRA.

(Se continuará.)

\* \* \*

### LA CUEVA DE LAS CALAVERAS.

CUENTO.

#### I.

Yo vivia hace algunos años con mi abuelo en el solitario pueblo de Pancorbo.

La casa en que viviamos tenia un hermoso jardin donde crecian violetas, albacas y pensamientos en amor y compañía con los rábanos y lechugas que mi pobre abuelo solia sembrar.

Item más, habia en este jardin una frondosa parra, á cuya sombra nos sentábamos á charlar mi abuelo y yo, despues de haber comido ambos en santa paz y concordia.

Un dia que estábamos, como de costumbre, bajo la mencionada parra, mi abuelo me contó la siguiente historia, la cual es una de las muchas anécdotas de su juventud.

#### II.

Todos creen que el miedo es la *negacion del valor*.

Yo creo que el miedo, ese hijo maldito de la preocupacion y de la ignorancia, consiste en los errores y mentiras que nos meten en la cholla en los primeros años de nuestra adolescencia.

Hoy hombres que marchan con la frente serena y con ánimo resuelto por entre una lluvia de balas que pasan silbando por encima de su cabeza, y que no cruzarian un cementerio en las tinieblas de la noche, aunque le pagasen por ello más pesetas que víctimas ha causado el cólera morbo.

Por el contrario, hay otros que son capaces de dormir en el fondo de una fosa de cadáveres, y que cuando ven una *salamanquesa* dan un brinco hácia atrás, con más miedo que si hubiesen visto ante sus ojos al mismísimo Lucifer en esencia y presencia.

En Alcalá de Henares, en cuya ciudad me hallaba de guarnicion cuándo era soldado de carabineros de caballería, estaban haciendo algunas escavaciones en un terreno próximo al cuartel.

El terreno de que te hablo habia formado parte de un antiguo cementerio, á juzgar por los cadáveres que los trabajadores encontraban al escavar la tierra.

La autoridad, pues, mandó abrir cerca de allí una profunda cueva, para depositar aquellos mortales despojos, ejemplo de las vanidades del mundo, de la grandeza y poderío de que hacen alarde los hombres que no atesoran en su corazon más que el orgullo y el desprecio á sus inferiores.

Una noche estaba yo hablando en una de las cuadras del cuartel con varios carabineros de la guarnicion.

Tratábase á la sazón de la cueva que se habia practicado para guardar los cadáveres.

Todos ellos, ménos yo y algunos hombres

sensatos que allí estábamos, manifestaban un miedo supersticioso sobre la inesperada vecindad, santiguándose llenos de pavor al hablar de los muertos que había sepultados en la cueva.

Yo, que jamás en mi vida he creído en fantasmas ni aparecidos, me mofaba á boca llena de sus ridículas aprensiones.

—Apuesto á Vd. lo que quiera, me dijo el trompeta Fernandez con aire de incredulidad, á que no vá Vd. esta noche á las doce á sacar una calavera de la cueva, ya que tanto se la echa Vd. de valiente.

—¿Qué apuestas á que voy y saco una calavera? le contesté con ese tono resuelto que infunde el amor propio.

Todos los circunstantes fijaron en mí una mirada de asombro.

Un breve instante de silencio sucedió á mis palabras.

¡Ahí es nada! ir á una profunda cueva á sacar una calavera á las doce de la noche, cuando todo yace en el más completo silencio, en la hora en que el ruido más mínimo nos suele helar la sangre en las venas!...

¡Pues á dónde vamos á parar! ¿Qué tiene que ver con este rasgo de heroísmo el ponderado valor de los señores Julio César, Gonzalo de Córdoba, Hernán Cortés y demás héroes, cuyos nombres ocupan las más bellas páginas de la historia?

Cuando te digo que aquellos hombres me miraron atónitos, creyendo que padecía sin duda algún acceso de fiebre, comprenderás que todos estos guerreros son niños de teta comparados conmigo.

Después de un momento de pausa exclamó el trompeta:

—Digo y repito que no tendrá Vd. valor para eso; de todos modos, el que pierda la apuesta pagará media docena de botellas de vino á todos los que estamos presentes.

—¡Corriente! A las doce y cinco minutos ha de estar aquí la calavera; conque prepárate á aflojar la mosca.

—Eso lo veremos, contestó el trompeta con acento burlesco.

El reló de la iglesia empezaba á dar las doce.

A la primera campanada me atusé el bigote y la perilla, y me dirigí, con seguro paso y provisto de una escala, hácia la cueva que servía de cementerio provisional.

### III.

La noche estaba nebulosa y oscura como la boca de un lobo.

Todo yacía en el más profundo silencio. Yo llegué á la embocadura del osario.

Apoyé el extremo inferior de la escala sobre las osamentas y descendí hasta el fondo de la temible cueva.

La oscuridad que me envolvía, la soledad, el reposo que allí reinaba, la idea de que me hallaba entre calaveras y otros fragmentos de esqueleto, me causaba cierto pavor, cierto respeto inexplicable.

Sin embargo, ya no era posible retroceder, y me agaché maquinalmente para coger una calavera, que era el objeto convenido; pero tonta por aquí, tonta por allá, mis manos sólo palpaban fémures, tibias, ó costillas de esqueleto.

Preciso es confesar que durante esta operación un ligero temblor conmovió todo mi cuerpo.

Por último, al cabo de algunos minutos mi pié tropezó con un objeto más redondo que los demás.

Era una calavera.

Un extemecimiento nervioso heló la sangre en mis venas.

Mi frente sudaba.

De pronto, como si me hubiera sentido avergonzado de mí mismo, cogí la calavera del suelo, pasé los dedos de mi mano por las cavidades de los ojos de la calavera, y comencé á subir por la escalerilla, murmurando:

—Pues señor, el trompeta Fernandez se verá precisado á pagar las seis botellas de vino.

¡Pero cuando mis piés tocaban ya el extremo de la escalera, una voz cavernosa, triste y lastimera, salió del fondo de la cueva!...

Aquella voz decía:

—¡Miserable mortal!... ¡Sacrílego!... ¿Por qué vienes á robar á esta fosa los despojos de mi cuerpo? ¡Miserable mortal! ¡Sacrílego!... ¡Suelta mi calavera!...

Yo me detuve asustado.

En seguida sentí que la escalera vacilaba á mis pies á impulsos de un sacudimiento vigoroso.

—¡Suelta mi calavera!... ¡Suelta mi calavera!... repetía aquella voz lamentable.

Y la escala era cada vez sacudida con más fuerza.

Durante algunos momentos mi imaginación se ofuscó de tal manera, que creí hallarme en la mansión de los muertos.

¡Tal era mi estupor!

Pero luego al miedo siguió el coraje, y arrojando la calavera al fondo de la cueva con toda la fuerza de mi brazo, exclamé desesperado:

—¡Ahí tienes lo que deseas, maldito! Déjame ahora en paz.

Un grito terrible, angustioso, contestó al violento choque de la calavera.

Aquel grito me infundió de nuevo pavor.

Sobrecogido, pues, por el terror, gané por último el borde superior y eché correr hácia el cuartel, pálido y cubierto de un sudor frío.

Llegué á la cuadra, donde estaban mis amigos esperando el resultado de la fúnebre expedición.

Yo les conté el horrible incidente.

El espanto se dibujó en todos los semblantes.

—¿Pero dónde está el trompeta? se preguntaron todos echando de ménos á Fernandez.

—¡Bah! dije yo, aquel tunante tendrá miedo de perder la apuesta y se ha ausentado.

Y como mi aventura habia desconcertado á todos sobremanera, nos dimos las buenas noches y nos retiramos á dormir.

Pasé la noche más aterradora que puedes imaginarte.

Más de dos horas estuve sin poder pegar los ojos.

Por fin me dormí; pero aún en el sueño

veía cruzar ante mí, perderse y volver á pasar un fantasma que llevaba medio envuelta en su túnica blanca una calavera que me causaba espanto.

#### IV.

Al día siguiente, á la hora de comenzar los trabajos, encontraron los obreros al trompeta Fernandez tendido en el fondo de la cueva.

Estaba muerto.

Yo, al arrojar con fuerza la reclamada calavera, habia roto el cráneo al pobre trompeta, el cual, para meterme miedo y ganar la apuesta; habia ido allí antes de las doce á remedar la voz de los muertos.

Aquella aventura causó tal impresion en mi alma, que en mucho tiempo no pudo borrarse de mi memoria.

RICARDO ZAMACOIS.

\*\*\*

#### PICO DE ORO.

(CUENTO POPULAR.)

#### I.

Trabajillo nos costaría si estuviéramos en invierno el trasladarnos, aunque solo fuese con la imaginación, á la ciudad de Búrgos, dejando la benigna temperatura de las marismas de Vizcaya donde fructifica el naranjo y el limonero, porque la temperatura de Búrgos es tan fría que allí, cuando el termómetro de Reaumur señala el grado de congelación, exclaman las gentes: «¡Qué, si tenemos una temperatura primaverall!» Pero ello no hay remedio: hemos de trasladarnos allá si hemos de oír al famoso Pico de Oro, que va á predicar en la nunca bastante ponderada catedral de Búrgos.

¿No saben Vds. quién es Pico de Oro? Pues él muy nombrado es, porque en las iglesias siempre está uno oyendo exclamar á las mujeres: «¡Jesus, qué pico de oro!»

No sé si habrá más Picos de Oro que uno; pero el de mi cuento era un fraile dominico tan célebre en toda Castilla por su elocuencia en el púlpito, que en cuanto se anunciaba que iba á predicar en cualquiera parte, no



CARTA SENCILLA, 25 CÉNTIMOS.—SOLILOQUIOS, POR M. JORRETO.

UN ANTICUARIÓ.



Qué desgraciado soy, no cae una carta en este buzón. ¡Y yo que quería llevar una á la seccion de arte retrospectivo de la Exposicion de Paris!

UNO QUE VA Á ECHAR UNA CARTA.



No se puede echar una carta; la gente sale á los balcones á saludarme asombrada; me tienen por un millonario y las empresas de ferro-carriles han puesto trenes económicos para que todo el mundo venga á verme, como cosa rara.

ANTES.



UNA POBRE VIUDA.—¡Ay! no me he acordado de decirle que se han presentado unas nubecillas. ¡Bah! echaré ésta y escribiré otra.

AHORA.



UN CAPITALISTA.—Buen negocio; pero, tate, que si empiezo á escribir cartas pidiendo detalles, se me va el capital en el correo.

quedaba pueblo alguno entre la cordillera Cantábrica y la Carpetana de donde no fuera gente á oírle.

## II.

La buena, la religiosa, la caballeresca, la hidalga, la histórica, la monumental ciudad de Búrgos estaba alborotada con la noticia de que el famoso Pico de Oro iba á predicar en su santa iglesia catedral, y con tal motivo, por toda Castilla la Vieja acudían las gentes como en romería á la ilustre *caput castellæ*, aunque, como de costumbre, hacia en Búrgos un frío que... ya, ya.

¡Para qué quería Búrgos capitanía general, ni audiencia, ni universidad, ni instituto, ni seminario, ni demonios colorados, si el famoso Pico de Oro fijase allí su residencia y echase aunque no fuera más que un sermón cada semana!

Pero dejémonos de digresiones y vamos al asunto. El asunto era que había llegado el gran día, el día en que el famoso Pico de Oro hiciese resonar su elocuentísima voz en la catedral de Búrgos.

Veinte catedrales como aquella, y eso que no es floja, no hubieran bastado para dar cabida á la muchedumbre que se agolpaba á las puertas del templo codeándose, estrujándose, apabullándose, despachurrándose, por entrar á oír al famoso Pico de Oro.

La catedral estaba ya tan llena que al papamoscas le temblaban las piernas cada vez que salía á machacar en la campana, temiendo que la catedral pegase un estallido.

Por fin el señor arzobispo se arrellanó en el sillón pontificio colocado en el presbiterio, y un ¡ahhh! de satisfacción se exhaló de todos los gaznates al ver aparecer en el púlpito al famoso Pico de Oro.

## III.

Como no es cosa de que yo vaya á encajar aquí entero el sermón del famoso Pico de Oro, me contentaré con dar á conocer su resumen, que los adeptos á la última moda francesa llamarán análisis.

Después de anunciar en el exordio que se

proponía encarecer las penas del infierno, para lo cual imploraba la gracia del Altísimo, el predicador entró en materia y fué diciendo lo que en resumidas cuentas vamos á ver.

«Amados oyentes míos: los tormentos del infierno son tales que sólo pueden concebir alguna idea de ellos los hombres de bien que se meten en pleitos, los pobres pundonorosos que se casan con ricas necias, los alcaldes de los pueblos divididos por las pícaras elecciones, los que en España viven del cultivo de las letras y las artes, los que están gobernados por gentes que han pasado la vida conspirando para coger la sartén del mango, y finalmente, los españoles.»

El auditorio se estremeció de espanto al oír esto, y el orador continuó:

«Ya veis, amados oyentes míos, que en Búrgos hace un frío de doscientos mil demonios. Pues el frío que aquí hace es tortas y pan pintado comparado con el que hace en el infierno.»

El señor arzobispo pegó un respingo en su asiento, y el auditorio lanzó un grito de horror al oír que en el infierno hacía aún más frío que en Búrgos.

«¿Veis, continuó el orador, los carámbanos de hielo que cuelgan de los canalones de esta santa catedral? Pues en el infierno, hasta en las alcobas hay colgaduras como esas.»

El señor arzobispo echaba al orador unas miradas que parecía quererle comer vivo, y el público alzaba los ojos al cielo pidiendo al Señor misericordia.

«Sí, amados oyentes míos, continuó el famoso Pico de Oro, haceis bien en pedir al Señor que os libre de los tormentos del infierno porque en el infierno es tan horroroso el frío, que hasta cuando se asan los pájaros hay que llevar una fundita en las narices, porque si no se le hielan á uno.»

Al señor arzobispo un color se le iba y otro se le venía, y el público lloraba de terror y arrepentimiento dándose en el pecho cada puñetazo que se le hundía.

El famoso Pico de Oro proseguía:

«Para que no creais que exajero al encarecer los tormentos del infierno, os diré que

allí, hasta cuando á uno le sirven el chocolate hirviendo, para tomarlo, hay que romper con los nudillos de los dedos el hielo que cubre.»

El señor arzobispo echó mano á la mitra para tirársela á la cabeza al predicador; pero conteniéndose y no pudiendo aguantar más en su sillón, se levantó y se fué á la sacristía á tomar un vaso de agua, porque parecía que le iba á dar algo.

En cuanto al auditorio, estaba tan arrepentido de sus pecados, que los confesaba á gritos y pedia á Dios que le librase de las penas del infierno.

## IV.

El famoso Pico de Oro bajó del púlpito altamente satisfecho del saludable efecto de su oratoria, y al dirigirse á la sacristía hubiera reventado de orgullo á no ser tan modesto, porque todo el mundo exclamaba:

—¡Jesús, Jesús, que Pico de Oro!

En la sacristía encontró al señor arzobispo hecho un veneno de santa indignación.

—¡Amigo, exclamó su ilustrísima al verle, me ha dado Vd. un rato de padre y muy señor mio!

—¿Por qué, ilustrísimo señor? le preguntó Pico de Oro con mucha calma tomando un polvo con permiso de su ilustrísima.

—¡Alabo la pregunta! exclamó el señor arzobispo indignado. ¿Conque se pone Vd. á decir que en el infierno hace frio, cuando precisamente sucede todo lo contrario?

—¿Y por eso está incomodado vuestra ilustrísima?

—¡No, que estaré bailando de contento!

—¿No ha visto vuestra ilustrísima el efecto que mi sermón ha hecho?

—Y tres más que lo he visto; pero por eso mismo me duele y hasta me indigna el que habiéndole dado á Vd. Dios tan asombrosas facultades oratorias, no saque de ellas todo el partido que debiera sacar. ¡Cuidado que me ha hecho gracia la ocurrencia de decir que hace frio en el infierno!

—Entendámonos, ilustrísimo señor. ¿Qué

me propuse yo al dirigir la palabra al público burgalés?

—Lo que Vd. anunció en el exordio: inspirar horror al pecado que Dios castiga con el infierno, encareciendo los tormentos que en el infierno sufre el pecador.

—¡Ajá! Estamos conformes. Ahora dígame su ilustrísima: ¿qué es lo que sobra en Búrgos?

—Frio.

—¿Y qué es lo que en Búrgos falta?

—Calor.

—Perfectamente. Pues siendo así, dígame á los burgaleses que en el infierno abunda el calor que en Búrgos falta, y todos querrán ir al infierno; pero dígameles que en el infierno abunda el frio que en Búrgos sobra, y no querrá ir al infierno ninguno.

El señor arzobispo alargó la mano al famoso Pico de Oro al oír esto, y exclamó sacando á su vez la caja del polvo y tomando uno de los morrocotudos:

—¡Dios de Dios, lo que saben estos padres dominicos! ¡Parece que han estudiado con los padres jesuitas!

ANTONIO DE TRUEBA.

\*\*\*

## TIPOS POPULARES.

## EL LICENCIADO VIDRIERA.

El licenciado Vidriera  
siglos hace que murió:  
vida Cervantes le dió  
con fama imperecedera.  
Mas no llegó á presumir  
que su tránsito en el mundo  
pudiera ser tan fecundo  
que le hiciera arrepentir.  
Cómo fué, no se concibe,  
ni yo á descifrar acierto:  
Cervantes le dejó muerto  
y hoy el licenciado vive.  
Tal vez su triste existencia  
dió motivo á más del chiste;  
acaso no fué tan triste  
que no dejó descendencia.  
Pensar no pudo el autor  
de sus sustos y cuidados;

que hoy hubiera licenciados  
con la borla de doctor.

Mas como el hecho es así,  
y yo ni quito ni pongo,  
presentaros me propongo  
algunos de los que ví.

Pintorcillo de aluvion  
que de genio sienta plaza,  
y pinta una calabaza  
que exhibe en la exposicion;  
y, del buen gusto á despecho,  
truenas con el periodista  
que se burla del *artista*  
con justísimo derecho;  
pues se sulfura y altera  
de lo que evitar le es llano,  
es un pariente cercano  
*del licenciado Vidriera.*

Escritor chirle, que pesa  
como constante amenaza,  
sentando de sábio plaza  
y aburriendo á toda empresa;  
que debiendo para él sólo  
escribir alevosías,  
imprime sus poesías  
con indignacion de Apolo,  
y no consiente siquiera  
dudar de su buen concepto,  
ese es pariente ó adepto  
*del licenciado Vidriera.*

Músico, que á duras penas  
escribe cuatro compases,  
y de cada veinte frases  
diez y nueve son ajenas,  
y con tales elementos  
el arte convierte en ágio,  
y se alimenta del plágio,  
y por él bebe los vientos;  
con su presencia altanera  
ante la crítica grave,  
que es pariente, ya se sabe,  
*del licenciado Vidriera.*

Beata que al amor se rinde,  
y que se come los santos;  
que al mundo da sus encantos  
y del cielo no prescinde;  
que nunca escucha con calma  
discutir en su presencia

si al terminar la existencia  
podrá llevar ó no palma;  
por más que ocultarlo quiera  
con sonrisa engañadora,  
tiene sangre pecadora  
*del licenciado Vidriera.*

Magistrado que, despues  
de ejercer y sentenciar,  
es muy capaz de jugar  
su conciencia en un entrés;  
y pone la cara adusta  
cuando escucha á la malicia  
que es campeon de la justicia...  
porque mantiene á una *Justa*,  
es, aunque mi dicho infiera  
un cargo á sus ascendientes,  
de los próximos parientes  
*del licenciado Vidriera.*

Hombre, aunque parezca mengua,  
medio muerto y medio vivo,  
que la existencia, aprensivo,  
pasa estudiando su lengua;  
y que de cualquier diario  
solamente á leer se atreve  
si hace sol, si truena ó llueve,  
y el estado sanitario;  
al terminar su carrera,  
muriendo sin calentura,  
tiene la misma locura  
*que el licenciado Vidriera.*

Político de desecho  
que, en esta tierra de sábios,  
la patria lleva en los lábios  
y la ambicion en el pecho;  
que vive sin dar tributo,  
y que medra por la posta,  
siendo de España langosta  
salida de su canuto,  
al elevarse á otra esfera,  
por incomprensible hechizo,  
suele ser más quebradizo  
*que el licenciado Vidriera.*

Niña inocente, ideal,  
candorosa doncellita,  
cuya virtud necesita  
resguardarse en un fanal;  
que al suelo inclina la frente,  
que finge eternos sonrojos,

y que sólo alza los ojos  
para su primo el teniente;  
ante virtud tan severa  
acuérdanse sus amantes  
del héroe del gran Cervantes,  
*del licenciado Vidriera.*

De su estirpe malhadada,  
entrar deben ya en monton  
quien recibe un pisoton  
y devuelve una estocada:  
quien no toca el terciopelo  
sin nerviosas conmociones;  
quien no tolera alusiones;  
quien sufre eterno desvelo;  
quien todo á su daño aplica;  
quien no se alegra por nada;  
quien se aburre, quien se enfada,  
quien se corre y quie se pica.

Muchos olvidó quizás  
mi letrila, hecha al vapor:  
sal á la calle, lector,  
y en la calle los verás.

MANUEL OSSORIO Y BERNARD.

\* \* \*  
ITINERARIO.

No bien cruza el mar de Ontígola,  
que es un mar que cria ranas,  
dado que viene, se encuentra  
todo viajero en la Mancha.

Desde entónces nada importa,  
si ocurre, que pierda el habla,  
pues se perdió mucho más  
en el ataque de Ocaña.

Toma su ruta, y la sigue  
sin parar, anda que te anda,  
una legua y otra legua,  
si una larga, otra más larga.

Subidos en una loma,  
los gigantes ver alcanza  
que á don Quijote vencieron  
en descomunal batalla.

Con poco que tuerza y mucho  
que deje atrás la distancia,  
puede ver de Montesinos  
la Cueva, junto á unas matas.

¿Y quién sabe si ver puede,  
penetrando en sus entrañas,

el corazon que á Belerma  
tanto le cuesta de lágrimas?

Mira el viajero despues,  
eñ Argamasilla de Alba,  
la prision del gran Cervantes,  
á un tiempo escándalo y fama.

Se detiene un punto, y á  
los guías que le acompañan,  
pregunta si los manchegos  
son hombres ó son estátuas,  
pues todos la ven hundirse,  
mas ninguno la repara.

La torre de Juan Abad  
fija luego sus miradas,  
por aquel señor que tuvo,  
resúmen de glorias patrias.  
Aun muerto, tan desdichado  
que para mayor desgracia,  
le atribuye el vulgo estólido  
sus groseras, pobres sátiras.

Discurre por donde quieren  
los guías que le acompañan,  
y de Montiel pisa el campo,  
que pueblan régios fantasmas.  
Testigo, cual otro alguno,  
aquel campo en noche aciaga,  
del intenso amor fraterno  
que un trono fomenta y guarda.

Desde allí toma la vuelta,  
y encuentra por donde pasa  
recuerdos de los Palillos,  
memorias de sus hazañas.

No se detiene, mas ántes  
haciendo largas etapas  
retorna para Tribaldos,  
en donde tuvo el que habla,  
ó mejor dicho el que escribe,  
un tío cura y sin ama.  
Bien es verdad que lo propio  
le ha sucedido en Minaya,  
en donde tuvo otro tío  
con las mismas circunstancias.

Del Orcajo vé la féria;  
la más notable de cuantas  
celebra el país, por ser  
la feria de las muchachas.

Descubre mucho más lejos,  
entre el Peral y La-Jara,

el áspero monte donde  
tiempo atrás, con voces bravas  
no rebuznaron en balde  
los dos Alcaldes de marras.

Echándose por los trigos  
de la tierra albacetana,  
ya se aleja, y se despide  
próximo al puerto de Almansa.

Termina el viaje por último,  
*sin novedad* como estaban  
los señores de Mahora,  
primos de Mari-Castaña.

\* \* \*

#### BREVE VOCABULARIO.

Hay que aprender para cruzar la Mancha,  
los siguientes vocablos:

«Ende, mentres, orrite, daquia y diquia,  
mesmo, dimpues, orete, cuala y cualo,  
denguno, tuico, aluego, pos, coroque,  
Ciezar, Madril, reptificar, piazo,  
crilla, golver, malacaton, bujero,  
cábida, tanimientras, tanitanto,  
veis (por id), semos, arrincar, borrucho,  
miuste, miste, miatú, mielusté y mialo.»

Pregunto yo: así como  
decimos manco al que le falta un brazo,  
¿como decir debemos  
á quién le falta en el cacumen tanto?

\* \* \*

#### OBRAS Y OBJETOS RECIBIDOS EN ESTA REDACCION.

*Romancero de Nuestra Señora de Atocha.*  
—Se ha publicado la tercera edicion de estos  
preciosísimos romances del Sr. Ossorio y  
Bernard, que vienen teniendo una envidi-  
able aceptacion. Precédeles un discreto pró-  
logo del jóven é ilustrado escritor D. José  
Gimenez y Benitez, rector de dicha basílica,  
y se venden á 4 rs. en todas las librerías.

*Neblinas.*—Magnífica coleccion de poesías  
del inspirado escritor D. P. Sañudo Autran,  
que ya teniamos anunciada, y cuya lectura  
nos convence de que no en vano venian me-  
reciendo la estimacion de toda la prensa.  
Forman un elegante libro, están tiradas á  
dos tintas y acreditan la imprenta del señor  
Rubisco en Ciudad-Real.

*Lo manchego.*—Páginas en verso escritas  
por Juan Ruiz y dedicadas al marqués de  
Lismon é impresas en el establecimiento ti-  
pográfico de D. Joaquin Diaz, de Albacete.

Juan Ruiz y Lismon son dos pseudónimos.  
Sentimos no poder revelar el primero, pero  
en él se encierra el nombre de un concien-  
zudo é instruido escritor. A estas páginas  
pertenecen las dos que publicamos en otro  
lugar, y se venden á 8 rs. en esta redaccion.

*Safo.*—Correcta traduccion, elegantemente  
impresa, de la tragedia del Sr. Balaguer, de-  
bida á la pluma de D. Jesus Cencillo. Toda  
la prensa se ha ocupado ya con elogio de esta  
obra, cuyos ejemplares se han agotado en  
ocho dias. Nosotros nos abstenemos de ha-  
blar de ella por pertenecer el autor á la re-  
daccion cascabelera.

*Pulsera novedad.*—Una de las mejores in-  
venciones de la caprichosa moda es esta pul-  
sera, que va dibujada en la pág. 15 de este  
número, y se venden únicamente en el bazar  
de *Ibo Esparza*. Las más elegantes damas de  
París van adornadas con ella, llevando en un  
brazo una con su nombre y en el otro otra  
con el de su novio. El Sr. Esparza nos ha  
obsequiado con una que dice EL CASCABEL,  
por cuya ocurrencia le enviamos las más  
expresivas gracias.

\* \* \*

#### ADVERTENCIA.

EL CASCABEL ha comprado el núm. 26.420  
del sorteo de la lotería nacional, que ha de  
verificarse el 26 del presente mes.

A sus ganancias tendrán derecho, por par-  
tes iguales, todos los suscritores que han en-  
viado los 10 rs. para recibir la edicion de lujo,  
y los que envíen dicha cantidad hasta la vís-  
pera del sorteo, y los que le honran con sus  
trabajos.

Si tenemos suerte hemos de hacer una caja  
de economías, y Dios sabe si con el tiempo  
EL CASCABEL dará á cada suscriptor una casa.  
Pero es preciso que todos los suscritores se  
animen y envíen los 10 rs. Si así lo hicieran,  
podriamos echar á la lotería todos los meses.  
De seguro que lo harán Vds. si se detienen á  
considerar que, hasta el año pasado, les cos-  
taba la suscripcion 24 rs., y este año, aun pa-  
gando ahora 10 rs., sólo les cuesta 22, con  
cuyos 22 rs. juegan á la lotería, sin tener que  
pagar un cuarto, y reciben un periódico ele-  
gante, con artículos de los mejores escritores,  
caricaturas, dibujos iluminados, etc., y no  
como antes, que todo venia anónimo. Si todos  
ustedes enviaran los 10 rs., suprimiriamos la  
edicion económica, que estropea los tipos con  
el mal papel, y la de lujo seria todavía más  
lujosa.

A cada uno de los que han pagado los 10  
reales y á los que hasta el 6 del próximo  
Agosto los remitan, se les enviará con el nú-

mero inmediato 100 números para la rifa entre ellos de un magnífico cuadro al óleo.

Para enviar los 10 rs. y tratar de todas estas cosas dirijan Vds. las cartas con el nombre del Director á Valencia, Caballeros, 33, pues hoy sale para dicho punto, donde le tienen Vds. á su disposición, hasta el próximo número.

\*\*\*  
TEATROS

Anoche se verificó el beneficio del Sr. Arderius, estrenándose una preciosa pieza titulada *¡Por un anuncio!* Si no la han visto ustedes, apresúrense á ir, en la seguridad de

que han de pasar un delicioso rato en el circo del Príncipe Alfonso.

APOLO.—Sigue representándose, cada vez con mayor éxito, la difícil obra titulada *Sullivan*, en que tantos aplausos recoge el Sr. Morales.

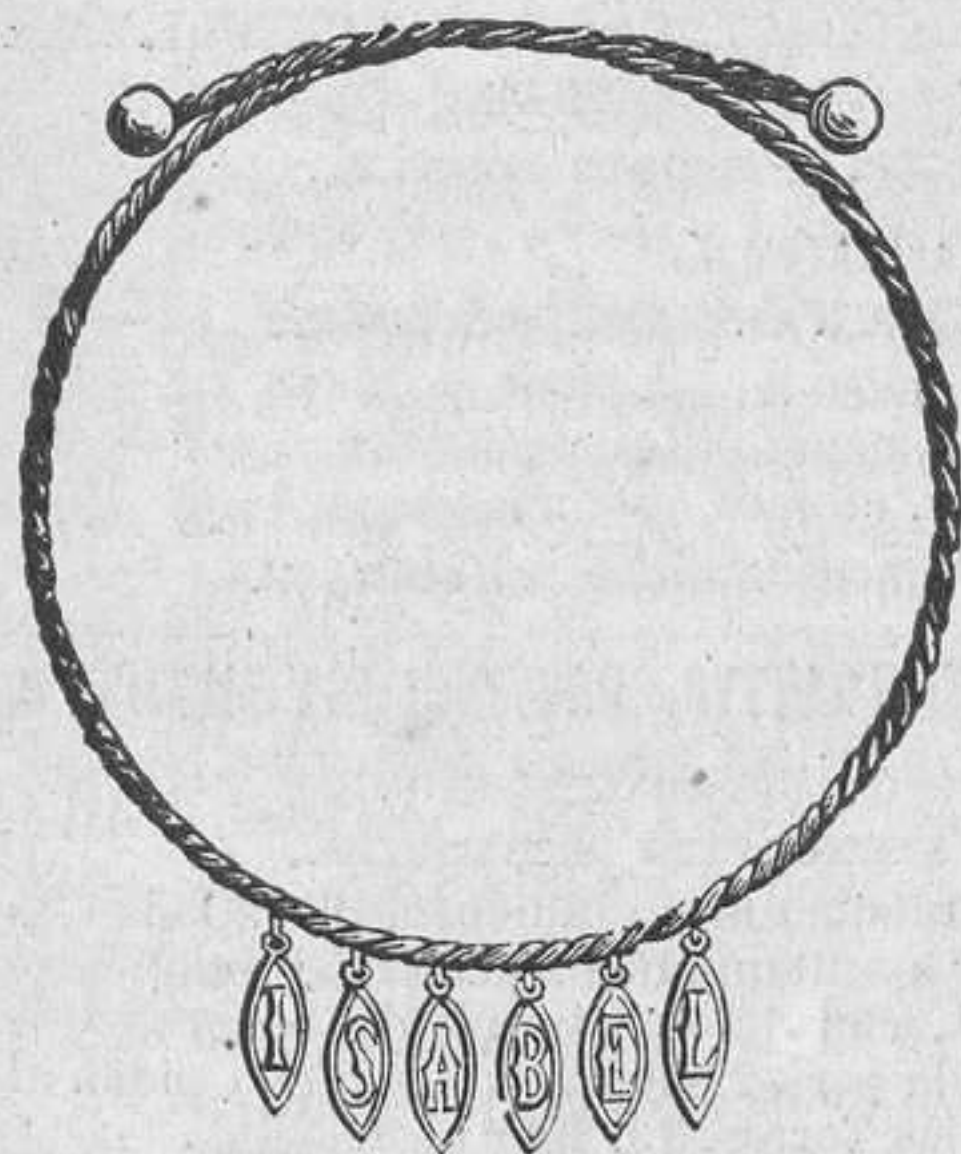
BUEN RETIRO.—Han comenzado las representaciones de *El testamento azul*, que no dudamos llevarán á tan delicioso sitio la inmensa concurrencia que atraían el año pasado.

MADRID.—1877

IMPRESA DE MANUEL G. HERNANDEZ  
San Miguel, 23. bajo.

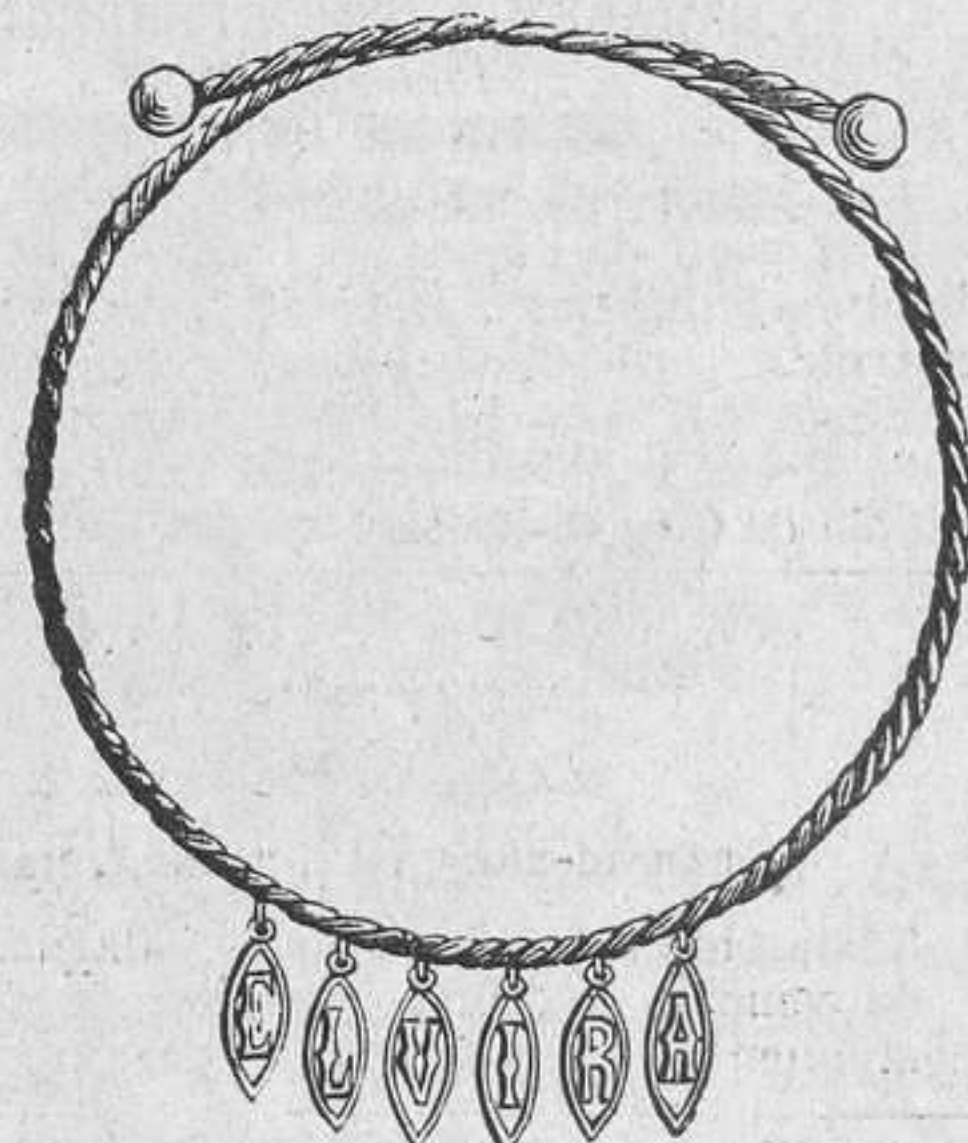
Anuncios de EL CASCABEL.—12 rs. espacio cada número.

## PULSERAS NOVEDAD



### LOS DIBUJOS

AQUÍ INDICADOS SON LOS QUE SE USAN HOY EN PARÍS POR SU GRAN CAPRICHIO Y ÚLTIMA NOVEDAD.



### JOYERÍA Y RELOJERÍA

DEL

## BAZAR DE YBO ESPARZA

Estas pulseras son de plata de ley, y se hacen

**¡EN CINCO MINUTOS!**

con los nombres que se deseen al precio de

50 REALES.

**33, MONTERA, 33, MADRID.**

Se envían fuera á los que las deseen dirigiendo el pedido en carta certificada con el importe al Sr. YBO ESPARZA, Madrid, Montera, 33.

## ANUARIO ALMANAQUE DEL COMERCIO Y DE LA INDUSTRIA EN ESPAÑA Y ULTRAMAR

ó

ALMANAQUE DE TODAS LAS SEÑAS DE LOS HABITANTES POR PROFESIONES DE MADRID,  
DE LAS PROVINCIAS Y DE ULTRAMAR PARA 1878.

**AVISO IMPORTANTE.**—La casa Bailly-Bailliere, plaza de Santa Ana, núm. 10, Madrid, está preparando un *Anuario* con todas las señas de todos los habitantes de España y Ultramar por profesiones. Despues de estudiado bien este asunto, cree haber tomado todas las precauciones convenientes para llevar á cabo este libro, y que sea digno de España y pueda compararsé con los del extranjero.

**OTRO AVISO Á TODOS LOS HABITANTES DE ESPAÑA Y DE ULTRAMAR.**—Todo el que quiera **FIGURAR** en el *Anuario* puede mandar bajo sobre una nota que diga su nombre, apellido, profesion, señas de la habitacion y punto de residencia, y quedará inscrito en el *Anuario* GRATIS. Si además de lo indicado quiere el interesado añadir algunos detalles acerca de su profesion, comercio ó industria, se insertará á razon de *una peseta* la línea.

Dirigir toda la correspondencia á la librería de D. CÁRLOS BAILLY-BAILLIERE, plaza de Santa Ana, núm. 10, Madrid.

**TIMBRES PARA CARTAS**  
CON LA MÁQUINA NORTE-AMERICANA.

Cajas de papel desde 6 rs. en adelante.

Se timbra gratis en cuatro colores el papel de la casa con letras enlazadas y oblongas.

Timbres imperiales sin necesidad de plancha, 40 rs. el ciento. Timbres en alto relieve, 10 rs.—Papel inglés y del Japon.

*Mendoza, Puerta del Sol, 15.*

**JARABE DE QUINA FERRUGINOSO**  
IODOBROMURADO  
**DEL LIC. DON JACINTO MORENO.**

Este jarabe está sustituyendo con notabilísima ventaja al aceite de hígado de bacalao, especialmente en la clorosis, anemia, escrófulas, raquitismo, histerismo, etc.

Depósitos, *Sres. Ulzurrun y Angulo.*

Se sirven pedidos hechos al autor en Almagro. provincia de Ciudad-Real.

**DEPÓSITO DE MÁQUINAS DE COSER**  
DE

**LORENZO DIAZ**

BARRIO-NUEVO, 12, TIENDA, MADRID.

Se dan hilos, agujas, guias y toda clase de aparatos.

Se venden máquinas á plazos, se alquilan, se componen y se sirven pedidos para fuera.

**LA EDUCACION.**

Librería la más antigua en el ramo de primera enseñanza.

Completo surtido de libros y menaje para escuelas.

Devocionarios de todos precios y encuadernaciones.

Grandes descuentos en los pedidos por mayor. Pídase catálogo á D. Eugenio Sobrino, Vergara, 10, Madrid.

**LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA**

con la

CRÓNICA DE LA GUERRA DE ORIENTE.

Director propietario, *D. Abelardo de Cárlos.*

Se suscribe á este acreditado periódico, primero en su clase en Europa y América, en la administracion. calle de Carretas, 12, Madrid.

**LAS TIENDAS**

**POR FRONTAURA.**

Seis reales en Madrid y siete en provincias.

**CUENTOS DE SALON.**

Cuatro reales tomo en toda España.

Suscripcion permanente á obras de lujo.

Devocionarios, cromos, estampas.

*Librería de Sanchiz, Matute, 2.*

**DERECHO ADMINISTRATIVO, PROVINCIAL Y MUNICIPAL**

POR

**D. FERMIN ABELLA.**

Esta importantísima obra, indispensable á todas las diputaciones y ayuntamientos, acaba de publicarse en cinco tomos, con 4.000 páginas de lectura, y se remite certificada por 32 pesetas á los que la pidan al autor, calle de las Torres, 13, Madrid.

**VIAJE ECONÓMICO A LA EXPOSICION DE PARIS**  
DE 1878.

SOCIEDAD DIEZ Y SEVERINI.

EL CASCABEL sigue admitiendo suscripciones á esta acreditada sociedad, que llevará, traerá y dará de comer quince dias á sus suscritores en París durante la Exposicion.

Se envian prospectos á quien los pida.

**PLATA MENESES**

PRIMERA CASA EN ESPAÑA EN CUBIERTOS DE METAL BLANCO GARANTIZADO,  
SERVICIOS DE METAL BLANCO PARA USO DOMÉSTICO, FONDAS, CAFÉS Y VAPORES,  
ORNAMENTOS Y VASOS SAGRADOS PARA IGLESIAS Y ORATORIOS  
IMITACION PERFECTA Á LA PLATA DE LEY, EXPORTACION Á PROVINCIAS Y ULTRAMAR,  
ESPECIALIDAD EN PLATEAR, DORAR Y OXIDAR.

**L. MENESES É HIJO, PRÍNCIPE, 7, MADRID.**